



El teatro también se lee

El drama en el salón

Apuntes sobre el teatro leído

Paco Novelty

Salamanca

Ofuscado en su vicio irrefrenable, entregado a la voracidad literaria, el ávido lector, que frecuenta con sobrada impaciencia tantas novelas y con tanta pasión los libros de poesía, se acerca sorpresivo al texto teatral y todavía no sabe cómo enfrentar el reto.

Porque el teatro leído tiene particular catadura y nervio si previamente hemos visto en las tablas, desde la penumbra del patio de butacas, su representación, si ya sabemos cómo ha trenzado el director los hilos que el autor esbozó, cómo ha movido a las figuras de acá para allá, dónde ha cargado la suerte del relato o cómo ha resuelto técnicamente la complejidad de un montaje, música, vestuario, luces, gestos y tantas otras caras de la puesta en escena, de los caprichos o las ideas que un escritor apunta en la clausurada soledad de su cubil.

Si ya hemos visto representadas una o varias versiones de la obra, que con premeditación acabamos de alcanzar desde los estantes de la biblioteca, estaremos leyendo un texto filtrado por la retina aguda o desacertada de los que antes se enfrentaron a él y plasmaron en escenas reales lo que solo eran palabras y nada más que palabras.

Por el contrario, si del libro que abrimos por primera vez no tenemos otras noticias más que las derivadas de nuestra propia formación lectora, pero no conocemos puesta en escena alguna que nos condicione con su presencia, entonces y solo entonces nuestra capacidad de aficionados a la literatura dispone de un fértil territorio virgen en el que, con un poco de imaginación, podemos realizar todo tipo de piruetas escenográficas, apuntes personales de decorado, bocetos de vestuario y atrezzo, vaivén de personajes con sus voces y gestos por las bambalinas, y cuantas osadías libérrimas nos dé la gana tramar sobre la base de lo que estamos leyendo.

Confieso que prefiero leer los textos antes de ir a verlos sobre el escenario, de tal manera que si voy a acudir al estreno del *Tartufo* por primera vez, que no es el caso, dada mi edad propecta, prefiero pasarme antes en casa un rato a solas con Molière en un fructífero vis a vis con su hipócrita universal y acudir al estreno abierto a las sugerencias ajenas, tras haber hilvanado las mías propias en el confort del sillón frailuno de la casa que tanto gustaba a Jorge Guillén.

Pero el teatro leído —y hablo del leído con la misma intensidad e interés que cualquier otro texto literario—, es también un territorio franco en el que poner en marcha nuestras propias dotes dramáticas. Quién no se ha sorprendido alguna vez enamorado y entusiasta, poniendo su voz a la voz de

Calixto entonando apasionado sus desgarros medievales de amor ante Melibea cuando dice que cifra la grandeza de Dios:

En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase,
e facer de mi inmérito tanta merced que verte alcançase e en tan
conveniente lugar que mi secreto dolor manifestarte pudiesse.

O forzando la voz aguardentosa y torciendo el gesto castizo, a solas con Valle Inclán en la mano y la entonación quebrada por la coña marinera de la copla, que es pintiparada para memorizar y colar de rondón en fiestas y saraos:

Alfonso, ten pestaña / y ahueca el ala, / que la cosa en España /
se pone mala. / No sea que / El pueblo soberano / te dé mulé

La onomástica real es intercambiable con la única condición de que el nombre del sustituto encaje en la métrica valleinclanesca. Se garantiza el éxito de público y crítica.

Por eso tal vez lo más entretenido y singular de leer teatro es caer en la tentación de dramatizarlo ahí mismo, poniendo a los personajes el énfasis y la entonación adecuados, mimando el gesto, e incluso poniendo voz a más de uno, dándonos la réplica a nosotros mismos en un ejercicio disparatado de autocomplacencia lectora, que nos pone ante el espejo de nuestros recursos escénicos, siempre escasísimos, y ante nuestro sentido del ridículo, que incluso estando a solas tantas veces nos atenaza.

Leer teatro es, por tanto, abrir las puertas que el autor dejó entreabiertas, ponerle colcha de vivos colores al lecho donde yace desairada la esposa del comendador y color de ojos a la gata del tejado de Tennessee Williams, aunque nunca serán tan bellos como los de Elisabeth Taylor, en la versión cinematográfica, pero tan teatral que es puro teatro de Richard Brooks.

Hay otra manera de leer teatro: hacerlo de manera colectiva, que es, lo saben muy bien los profesores que se dedican a desbravar adolescentes, un ejercicio a medio camino entre el entretenimiento y la docencia, que descubre las dotes dramáticas de algunos y pone en marcha saludables mecanismos de trabajo en común en los que, en ciertos casos, se llega a resultados muy dignos de representación y naturalidad y se despierta el interés temprano de los jóvenes por la literatura y el arte; o al menos durante los ensayos suele florecer algún apasionado idilio juvenil, tan literario o más que el que nos cuenta el texto que leemos. Pero esa es otra historia que otro día tendrá su merecido. ■